teorema
Vol. XXIII/1-3, 2004, pp. 255-258

OBITUARIO

Sir Stuart Hampshire (1914-2004)

Jane O'Grady

El filósofo oxoniense Sir Stuart Hampshire, que ha muerto a los 89 años, fue uno de los que en los años cincuenta y sesenta ayudaron a cambiar la naturaleza de la filosofía moral y de la filosofía de la mente. Sus *Two Theories of Morality* (1977) anticiparon el trabajo de los autores, caso de Alasdair MacIntyre, a quienes se atribuye la invención del "comunitarismo", y su *Spinoza* (1951) es considerado todavía por muchos como el mejor estudio introductorio a ese filósofo.

Si Hampshire no es tan celebrado en la actualidad como en sus días de gloria —por ejemplo, sus libros *Thought and Action* (1959) y *Public and Private Morality* no constituyen ya lecturas obligatorias—, se debe en gran parte a que era un pensador cauto, honesto y meticuloso, poco dado a la iconoclastia exuberante de *The Concept of Mind* de Gilbert Ryle o *Language, Truth and Logic* de su rival A. J. Ayer. Se debe también quizás a que se identificó con el modo de filosofar técnico y cientifista en su sentido estricto, en lugar de cultivar el estilo continental de filosofía, más difuso, y para el que acaso estaba mejor dotado.

John Sparrow, antiguo *warden* de All Souls College de Oxford, dijo siempre que Hampshire era, en todos los aspectos, lo opuesto de lo que pensaba de sí mismo: un pensador impresionista con vena literaria más bien que alguien provisto de implacable rigor científico; un hombre de instintos conservadores a pesar del izquierdismo radical que profesaba; muy femenino, más bien que masculino.

Hampshire, que había sido considerado como un chico de oro en Repton School, Derbyshire y Balliol College en Oxford —su mejor amigo, Isaiah Berlin lo llamaba "la gacela"—, se graduó con las máximas calificaciones en 1936. Ese mismo año resulto elegido para ocupar una *fellowship* en All Souls y se convirtió en profesor de filosofía.

Se alistó en el ejército en 1940, pero debido en parte a sus pobres aptitudes físicas (tenía grandes dificultades para montar un arma) fue transferido

enseguida desde el puesto de sargento en una unidad de conductores de autobús en Londres a un puesto en el espionaje del ejército. Fueron sus entrevistas, en calidad de interrogador, con los oficiales nazis al final de la guerra (especialmente con el comandante de la Gestapo Ernst Kaltenbrunner), las que le llevaron a insistir —algo no muy común entre los filósofos del siglo XX— sobre la realidad del mal.

Este trabajo le llevó a practicar una especulación matizada de la acción moral. Contaba frecuentemente la historia de cómo, al final de la guerra, tuvo que interrogar a un traidor francés, hecho prisionero por la Resistencia, que se negaba a cooperar a menos que se le garantizase la integridad de su vida. ¿Debía Hampshire prometerle alguna recompensa que no estaba en posición de darle, sabiendo como sabía que ese hombre estaba condenado a muerte, o no hacerlo y poner en riesgo las vidas de los luchadores de la Resistencia? "Si estás en una guerra", decía Hampshire, "no puedes ponerte a pensar: 'bien, no puedo mentir a una persona que va a ser ejecutada mañana diciéndole que se va a salvar'".

Pero lo que la anécdota revela —y el hecho de que la contara una y otra vez— es que Hampshire había pensado de forma precisa lo que decía que era impensable, y que cualquiera de las dos decisiones que, al final, hubiera tomado, pesarían sobre su conciencia largo tiempo. Significativamente, este asunto era bastante desagradable para él; aunque nunca lo dijo con todas las letras, el traidor era un poco su imagen especular —un joven intelectual culto, con aspecto de estrella de cine, y muy influenciado por los estilistas literarios elegantes—; la única diferencia consistía en que, en el caso del traidor francés, sus mentores literarios eran fascistas.

Durante los años de guerra, Hampshire vivió atormentado por las sospechas sobre el espía soviético Kim Philby, que trabajó con él en el servicio de espionaje. Seguramente habrá paseado de arriba abajo en su despacho de Bletcheley Park mientras se decía: "Hay algo que huele mal en este Philby."

No pudo encontrar de qué se trataba, pero tampoco hizo nada por encontrarlo (otro motivo para el remordimiento). Irónicamente, mucho después de la huida a Moscú de los colegas de Philby, Guy Burgess y Donald MacLean, en 1951, el propio Hampshire fue denunciado como espía por Goronwy Rees, antiguo miembro de ese círculo.

Después de abandonar el servicio de espionaje, Hampshire dio clases de filosofía en el University College de Londres durante tres años, de 1947 a 1950, fue *fellow* del New College de Oxford desde 1950 hasta 1955, y *domestic bursar* y *fellow* residente de All Souls hasta 1960. Su libro *Spinoza* fue un éxito enorme: se llegaron a vender 45.000 ejemplares en menos de tres meses. También *Thought and Action* levantó una enorme expectación.

Aunque consideraba que la mayor parte de la filosofía continental era vulgar y fraudulenta, despreciando la filosofía de manos-unidas-a-través-del-Canal, la "filosofía tipo British Council", como la llamaba él, Hampshire es-

tuvo muy influenciado por Maurice Merleau-Ponty e, indirectamente, por Martin Heidegger. Por mucho que odiara las simpatías nazis de Heidegger, siempre insistió, de una manera heideggeriana, en que la filosofía de la mente "había sido distorsionada cuando los filósofos piensan en las personas sólo como observadores pasivos y no como agentes con voluntad propia".

Del mismo modo, en sus siguientes libros Hampshire fue uno de los que buscó, al modo de Elisabeth Anscombe, antigua discípula de Wittgenstein, lograr que el centro de atención de la filosofía moral se desplazase desde las propiedades lógicas de los enunciados morales —"un asunto marginal relativamente trivial"— hacia la cuestión crucial de los "problemas morales tal como se nos presentan a nosotros en tanto que agentes morales".

A la vez que rechazaba la distinción cartesiana tajante de lo humano en mente y cuerpo, concentrándose en la más inconsútil "situación total", Hampshire era demasiado humano y literario como para cometer la grosería de abrazar el materialismo. Su devastadora recensión de la obra conductista seminal *The Concept of Mind* fue algo por lo que su autor jamás le perdonaría.

Es difícil saber hasta qué punto la carrera académica de Hampshire resulto dañada por el escándalo surgido a partir de su *affaire* con Renee, la mujer de Ayer, con la que se casó en 1961. Incluso si el asunto tuvo más que ver con la preocupación de los profesores sobre el daño que sufriría la reputación de All Souls que con las propias convicciones morales de éstos, el *affaire* causó un revuelo de grandes proporciones y, debe decirse, fue el propio Ayer quien, fiel a su liberalismo, consiguió a Hampshire un nuevo puesto de trabajo en University College de Londres, donde en 1960 Hampshire le sucedería como Grote *Professor of Mind and Logic*.

Dos años después de su matrimonio, Hampshire fue contratado para explicar filosofía en la Universidad de Princeton donde, como él mismo escribió con cierta tristeza, se convirtió, al modo de Chomsky y de otros universitarios liberales, en parte de "la plataforma armada del bien". Simpatizante de las protestas estudiantiles en contra de la guerra del Vietnam, fue elegido director académico y su apacible racionalidad inglesa le capacitó para llevar a cabo extraordinarias hazañas diplomáticas. Por ejemplo, se las ingenió para hacer callar al presidente de Princeton (de acuerdo con la regla que estipula que uno no debe hablar más de cinco minutos) y se le atribuye el mérito de haber evitado que se desataran protestas violentas en la universidad, como sucedió en Berkeley, California, o en Columbia, Nueva York.

Una gran parte del conservadurismo innato de Hampshire, indicado por Sparrow, era quizás su firme creencia en las instituciones. En su último libro, *Justice is Conflict* (1999), argumenta que aunque la justicia es, en sí misma, un principio universal, los políticos se equivocan cuando piensan que se puede llegar a una concepción precisa de lo que es. Lo mejor que se puede lograr en una sociedad libre y pluralista es perfeccionar los procedimientos de la

justicia, de modo que los conflictos de intereses puedan arbitrarse equitativamente.

Su trabajo como *Warden* en Wadham Collage entre 1970 y 1984 —que él consideraba uno de sus más significativos logros— pone de manifiesto y certifica su fe en las instituciones. Maurice Bowra, su predecesor, había sido excelente desde el punto de vista académico, pero el *college* estaba deplorablemente gestionado en otros aspectos. Hampshire revivió allí sus días de suerte; cuando la hermana del Shah de Irán le ofreció una importante donación, tuvo la fortuna de que, aunque los estudiantes hicieron una manifestación, la situación no llegó a ser explosiva. Wadham tuvo una nueva biblioteca y Hampshire un nuevo motivo para el remordimiento. Pero, como dijo alguna vez, sólo hay que mirar a los Médicis.

Con todo, Hampshire no tenía la ambivalencia de la hipocresía, sino la de la complejidad. Era un socialista fogoso, de los que típicamente apoyan la decisión de Renee, su mujer, de renunciar a toda su herencia excepto unas pocas sillas de estilo francés. Renee y él se las ingeniaron para ser una pareja excéntrica, completamente fuera del *establishment* a la vez que promovían el *establishment* oxoniense. Renee, que siempre había estado implicada en actividades izquierdistas, insistía periódicamente en que se abriera el jardín del Wadham para que jugaran los niños del barrio y en que se alquilara un borrico para pasearlos. Mientras tanto, a Hampshire se le veía en el aparcamiento del *college* luchando a brazo partido con un borrico en el remolque de su coche.

En *Public and Private Morality*, libro que él editó, Hampshire habla de las difíciles relaciones entre amabilidad e integridad, las virtudes de la vida privada y la "dureza y el fraude" que son necesarios en los asuntos públicos. La mayor parte de la gente, confesó más tarde, "se siente dividida entre la franqueza y la ocultación, entre la inociencia y la experiencia". Pero su segunda mujer, la filósofa Nancy Cartwright, con la que se casó en 1984, cuatro años después de la muerte de Renee, contempla sus creencias políticas y morales como algo indisolublemente unido a su pensamiento y acción.

Los intelectuales con aficiones políticas raramente son igualitarios, sobre todo en lo que concierne a sus vidas privadas y asuntos amorosos. Los intentos de integración de Hampshire dan cuenta muy probablemente de la equidad y lealtad tan notorias de sus dos matrimonios, del gran afecto y gratitud que inspiraba en sus colegas (con la excepción, desde luego, de Ayer y Ryle), y de la profundidad y variedad de sus muchas amistades.

NOTA

* Agradecemos a *The Guardian* el permiso concedido a **teorema** para publicar la traducción de este artículo. La versión castellana es de Macarena Blanco de Paz.